

Escrito a pluma

LUIS CARLOS AYARZA



Edición: Pablo de Cuba Soria
© Logotipo de la editorial: Umberto Peña
© Fotografías de cubierta e interiores: Luis Carlos Ayarza
© Luis Carlos Ayarza, 2020
© Primera edición: Casa Vacía, 2020
© Segunda edición: Casa Vacía, 2021

www.editorialcasavacia.com

casavacia16@gmail.com

Richmond, Virginia

Impreso en USA

© Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones que establece la ley, queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del autor o de la editorial, la reproducción total o parcial de esta obra por ningún medio, ya sea electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias o distribución en Internet.

¿Flotamos en una nada infinita? ¿Nos persigue el infinito con su aliento? ¿no sentimos frio? ¿No veis de continuo caerse la noche, cada vez más cerrada?.

NIETZSCHE

*Renuncia a la cómica ambición de conquistar;
conténtate con la función ambulatoria de un viajero
en curso.*

NICOLÁS GÓMEZ DÁVILA

Un golpecito con los dedos, el polvo iba cayendo en el mortero y esto solo como fui niño proustiano me bastó para que, sintiendo como un sabor tremendo, nunca más lo pudiera olvidar.

LORENZO GARCÍA VEGA

I

Apica de Pasadena
(2005-2013)

En el horizonte de mi escritura siempre se ha presentado el anhelo de las largas ficciones. He aprendido a convivir con ellas como si se trataran de un espejismo; un oasis familiar al que nunca se acaba de llegar, y al que hasta ahora le he robado apenas fragmentos, líneas, pasajes. La escritura que he llevado a cabo por años mientras soñaba con novelas ha sido de cuadernos y notas. La razón de su publicación tiene que ver con la obediencia al espíritu larvario que creo trae consigo toda escritura, la ilusión de ser libro.

Escribo en el papel japonés de mis cuadernos Apica. Uso mi mano izquierda y una pluma fuente cargada con tinta ocre o azul. El pensamiento discurre distinto sobre el papel. La pantalla ofrece otras posibilidades, a veces más concreción, otras; más distancia. Pero la escritura a mano posee una sensualidad ausente en el teclado del computador. Tampoco sufre con la impaciencia del cursor. Es la mano suspendida sobre la superficie del papel, lista para dejar sobre éste un trazo, casi puro, del pensamiento.

Pasadena. En esta zona y sus alrededores he residido cada año durante el verano y el invierno. He caminado por ella, la he recorrido en bicicleta y manejado sin rumbo fijo infinidad de veces. Le tengo afecto a esta ciudad. Aquí he compartido mi tiempo con Á. En Pasadena hemos recibido las buenas noticias; fue el lugar donde vimos nuevamente a mis padres. También aquí han llegado las malas nuevas, pero en los momentos difíciles caminar por sus calles o merodear las librerías me ha procurado, en cierto modo, alivio.

Un libro pequeño, ensamblado con los fragmentos de un caleidoscopio roto. Cristales recogidos del suelo bajo cierta luz y depositados en un nuevo canal. La curaduría, si existe, tiene que ver con la mirada que se desplaza por el rollo interminable de la pantalla, con el acto de hojear un cuaderno escrito a pluma con una caligrafía muchas veces ilegible, que se debe descifrar, y a veces reescribir, a partir de la intuición.

Del desencanto de una época surge un libro como *Don Quijote*. Nace en la encrucijada entre la nostalgia y la lucidez de un presente que empieza a revelar la ausencia de todo encantamiento. Fue el inicio de la modernidad, y aunque algunos aún recorrerían los senderos de la época previa, ya no lo harían desde la certeza, sino desde el anhelo y la añoranza. Shelley, Byron, Stocker, Wilde, Lovecraft, Poe. La música, por su lado, recorrería con más contundencia esos territorios encantados, reabriendo los portales y fisuras que el pasado mágico había sepultado consigo.

¿Un diario? O un cuaderno de notas enmarcado en un discurrir de fechas.

El niño dando sus primeros pasos camina igual que un borracho. Su cerebro vacilante intenta darle firmeza al mundo incierto que se extiende ante él. Una ambigüedad surge. Por primera vez experimenta la frustración y el hastío, pero también la inercia vital que hace a los humanos desear dar un paso más, y otro, y otro.

Una burbuja para desplazarse.

Amistad, lealtad, honor, grandeza, palabra; dar la palabra. Conceptos marchitos y ahuecados, suplantados con el detrito de las ideas de estos tiempos.

Ser reaccionario. No se trata en todo caso de una posición política o una perspectiva del mundo, tampoco del anhelo de un momento histórico. Se trata de una certeza, de un estado del ser. “Por un reino de la estética y la ética”, decía Jorge Gaitán Durán.

Los pasos inciertos, las decisiones de última hora, las vacilaciones, los encuentros fortuitos disparan la vida en direcciones no presentidas. Allí a veces está el alivio de no saberse repetido.

En lugar de la sinuosidad de la arruga humana, en la pintura ocurre el cuarteamiento. La vejez de la pintura es la vejez geométrica del fragmento. Fragmento que amenaza con desprenderse debajo del barniz transparente que protege un bosque o una torre, o el fluir de un manantial entre las rocas.

Cumpleaños de Á; estamos en un restaurante italiano en Colorado Street. Las mesas afuera, los manteles blancos, la brisa suave del inicio de la tarde. Á, bella como siempre. Soy afortunado de tener su compañía (nota banal cuando todo es en realidad profundo), pero pocas veces menciono su belleza sin que jamás me haya —para bien— acostumbrado a ella.

Soñé con un mago. Viejo alto, con capa color zapote y camisa azul muy clara, casi blanca. Tiene un sombrero, está lejos. En una mesa cercana hay un par de amigos. El mago me tira un zapato viejo, cuando lo recibo está nuevo. Le pido el otro y cuando levanto la mirada está cincuenta metros más cerca. Ahora es de baja estatura y más joven, pero tiene el mismo color de piel; es el mismo hombre, pero con una barba rojiza. Miro el zapato: es viejo de nuevo; levanto la mirada otra vez: ahora el hombre está a mi lado, viejo. Reparo en su camisa: el cuello tiene pliegues parecidos a los de los puños y sube hasta cubrirle la quijada y se cierra en el interior de su labio inferior. Cuando habla, los pliegues se tiemplan y contraen como un acordeón. Ahí noto que el interior de la capa zapote es azul oscuro, casi negro. La barba rojiza del mago ya no está, pues

es de nuevo viejo, alto y flaco. Conserva unos pocos mechones de pelo rojizo que caen desde el sombrero y me dice que en realidad todo es ilusión.

Aunque el marco son los años, en estas notas las fechas son aleatorias. Escribir desde diferentes lugares, como dejando rastros de migas en un laberinto.

Un conocido tiene un criadero de plantas carnívoras. Ojo tenebroso que admira monstruos caseros. Veo las fotografías que ha subido a la red. Sus bocas parecen promesas y arcadias. Rezagos de un paraíso prehistórico perdido, resonancias de ese mundo pródigo del plioceno.

Casi siempre al despertar, y apenas por unos instantes, recibo la visita de una especie de lucidez. Se presenta, cruda, inclemente, iluminando sin compasión con una luz estallada los vértices de las cosas; y allí, en la desolación que produce ese género de evidencia, nace la voluntad, la necesidad de reaccionar ante la ausencia de sentido.

En algunas mujeres habita cierta belleza resultante de una mezcla selectiva llevada a cabo durante generaciones. Mezcla de sangres exquisitas, miradas insondables de brillos estelares, pieles de mármol y ámbar, flujo de milenios en un aliento o unos labios. Una belleza muy distante de aquella fortuita y deslumbrante, como

venida de la nada, que algunos seres portan como un don.

Austerlitz, de G.W. Sebald, es una novela sobre el desarraigo y una pregunta —por fin articulada en el lenguaje fluido y líquido de Kaspar Hauser— sobre las enmarañadas raíces que constituyen a Europa. Cada cosa que Austerlitz presencia pareciera transformarse ante sus ojos en un signo de interrogación, y cada interrogante es una oportunidad para que él se maraville con las superficies, las estructuras, la arquitectura, o la mirada de ciertos animales y filósofos. La mochila jamás desempacada de Austerlitz es la metáfora de un caracol que se pasea lento sobre tierras siempre envueltas en neblinas por las que transitan fantasmas. Por ejemplo, la madre despidiéndose ante la entrada del campo de concentración, ciega aún ante el terror que se cierne sobre Europa. Austerlitz, el hijo de un fantasma, peregrina por los caminos europeos buscando una respuesta. Leer este libro, en cierto modo, ha sido como observar (recordar) un herbario o un insectario creado con la mirada asombrada de un niño que nace viejo.

Todo es un viaje. Cada desplazamiento es la sangre en su recorrido por el cuerpo: visita órganos como ciudades; la tinta, el viaje del pensamiento, quizá su rastro.

El mapa del laberinto se encuentra en el giro del caleidoscopio.



Tienen entre sus manos unos guantes blancos...

Índice

I Apica de Pasadena (2005-2013) / 9

II Moleskine de College Station (2008-2012) / 43

III Fabrianos y Apicas de Wilson (2013-2020) / 77

IV Cuaderno Clairefontain de Bogotá (2017) / 129